

E 101

E 4

NOS EL DOCTOR DON CRESCENCIO CARRILLO  
Y ANCONA, POR LA GRACIA DE DIOS Y  
DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA, OBISPO  
DE YUCATAN

AL MUY ILUSTRE Y VENERABLE CABILDO DE NUESTRA SANTA  
IGLESIA CATEDRAL, AL VENERABLE CLERO Y Á TODO EL  
PUEBLO FIEL DE NUESTRA DIÓCESIS, SALUD, PAZ Y BENDI-  
CIÓN EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

**Q**UINCE siglos habían corrido, desde que el Hijo de  
Dios haciéndose hombre había redimido al hom-  
bre, llamando á su gracia no yá sólo al antiguo pueblo  
escogido, sino á todos los de la tierra, por el misericor-  
dioso misterio de la vocación de los gentiles, y sin em-  
bargo, aun no llegaba para las numerosas tribus y nacio-  
nes de este hemisferio occidental, el beneficio de la Re-  
dención, aquel tesoro de cristiana independenciam de que  
se dice, que «donde está el Espíritu de Dios, allí se en-  
cuentra la libertad.» *Ubi autem Spiritus Domini ibi liber-  
tas* (1). Por qué? Porque á causa de inexcrutables desig-

(1) II Ad Corint. III. 17.

nios de la justicia y sabiduría del Señor, y por motivos y circunstancias, medios y caminos que aun no acaban de esclarecer las ciencias históricas y geográficas, separándose una parte de la familia humana del tronco y origen comun, vino á perderse en estas regiones inmensas y desconocidas de nuestro Continente, quedando incomunicada con los demás del orbe antiguo.

Y si ella, á favor de primitivas tradiciones que llevaban el sello de la identidad del humano linaje, y merced á nobles y originales esfuerzos de la razón, logró hacer el desarrollo de una peculiar aunque incompleta y extraña civilización ¡cuántas tinieblas, cuánta esclavitud, cuánta barbarie, cuántos males de todo género la inundaron cual diluvio universal, precipitándola en abismos de muerte humanamente irredimible! Hubo Imperios como el de los Tultecas, el de los Mayas, el de los Aztecas, el de los Incas y otros, que llegaron á prodigioso apogeo, pero carcomidos en su base cayeron para no levantarse más, y por donde quiera, no se veía aquí sino á naciones contra naciones, gentes contra gentes, y á unos mismos pueblos divididos en luchas intestinas, con el sólo fin de hacerse esclavos los unos á los otros, víctimas de sus propias manos, junto al trono de los déspotas, y sobre las sangrientas aras de falsas divinidades, siempre hambrientas de corazones humanos y siempre sedientas de rios de sangre. Baste citar por ejemplo, para recordar uno de los más inmediatos y famosos, correspondiente á un pueblo indígena de los más civilizados, el de las hecatombes humanas sacrificadas en México el año de 1486, en la circunstancia de dedicarse el templo del mayor ídolo, dándose por solemnidad la más apetecida por seis millones de espectadores reunidos, horrible muerte á más de setenta mil hombres, cuya sangre inundó el átrio, la gran plaza y las avenidas inmediatas al funesto

templo. (1) Eran ay! los americanos, pueblos yacientes á la sombra caliginosa de la muerte.....

Mas llegó al cabo para ellos, á fines del décimo quinto siglo, el día de la gracia, y bien sabeis, venerables hermanos y amados hijos, que ese memorable día fué el once de Octubre de 1492, día venturoso en el cual, quiso la Divina Providencia, que se realizara el más grande y extraordinario acontecimiento histórico, geográfico y social, que influyó de una manera poderosa en la marcha de la humanidad entera. Hablamos del Descubrimiento del Nuevo-Mundo y del instrumento de que Dios se sirvió, y exprofeso preparó en el ínclito marino D. Cristóbal Colón, alentado por los santos y sabios monjes de la Rábida, y favorecido y autorizado por los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.

Al abordar la colosal empresa, lanzándose impávido y sereno en tres bajeles al proceloso mar, al inmenso oceano, más parecía Colón el fantástico héroe de una creación romancesca, que no el experimentado marino, que se inspira á la luz de la ciencia y del maduro juicio. Tuviéronle por eso como á loco, pero la razón y la fé cristiana le guiaban, y caminaba sobre seguro.

Era el tres de Agosto de 1492, y una inmensa multitud de espectadores se había reunido en el puerto de Palos (Andalucía,) para ver cada uno por sus propios ojos, que se hiciese á la vela aquel hombre atrevido, que iba á sorprender más allá de donde parece juntarse el cielo con la tierra, el secreto del globo terráqueo y el misterio de los pasados siglos. Así el mundo fué testigo de que partiesen las frágiles barcas del más célebre de los marinos, del vencedor del *non plus ultra* de las columnas de Hércules.

(1) CLAVIJERO. Historia antigua de México. Lib. IV.

Llegó, por los primeros días de Septiembre, á una de las Islas Canarias, donde volviendo á hacerse á la vela siguió navegando siempre al Oeste: allá el ímpetu de los vientos le arrebató con mayor y nunca experimentada rapidéz, pasando bien pronto los límites que jamás antes habían sido traspasados. Los hombres de la tripulación no podían más; desfallecían de espanto y terror. Desalentados y medrosos, iban á amotinarse para dar vuelta con las carabelas al punto de su partida, pero el alma grande, el genio inspirado de Colón, fué capaz de contenerlos y hasta de calmarlos, haciéndoles ofertas de seguro triunfo en nombre de Dios.

Por fin, más de dos meses después de emprendida la navegación, los manifiestos indicios de que el Almirante no se equivocaba, se fueron presentando unos tras otros, á eso del medio día del Jueves 11 de Octubre, observando los marineros sobre las ondas juncos verdes, cañas y hiervas de riberas, frutos y ramos de árboles recientemente cortados, pájaros y peces de costa, una tabla, y hasta un bastón cubierto de artísticas labores; añadiéndose el reconocimiento de la sonda, y la desigualdad característica de los vientos de tierra. Hundióse el sol de aquel memorable día en su ocaso, y los fervorosos navegantes cantaron la Salve de la Inmaculada Virgen, de la Reina y Estrella de los mares, invocando por su intercesión el celestial amparo. «En anocheciendo, dice la historia, acabada la Salve que los marineros usan decir cada noche, habló Colón á todos, de la merced que Dios nuestro Señor les había hecho en llevarlos seguros en tan largo viaje, y que pues las señales se iban mostrando cada hora más ciertas, les rogaba que velasen toda la noche, pues sabían que en el primer capítulo de la instrucción que les dió, cuando salieron, les decía, que en habiendo caminado setecientas leguas sin hallar tierra, de media

noche abajo no se hiciese viaje hasta el día, y que estuviesen vigilantes, porque tenía certísima confianza que aquella noche hallarían tierra.» (1)

Contábanse dos horas antes de que mediara aquella noche para siempre célebre, cuando alzándose de pié Cristóbal Colón en el castillo de popa, oreada su frente serena y augusta, como la de un Arcángel, por los vientos virginales del desconocido Continente, señaló con ademán regocijado á sus compañeros, una luz cuya brillante oscilación se columbraba en lontananza, afirmándoles que allí estaba la tierra que buscaban. Pasadas dos horas despues de la media noche, la *Carabela Pinta* que iba adelante, confirmó el anuncio de Colón disparando un cañonazo, y alzando Rodrigo de Triana (2) aquel grito de indefinible acento y de tanta fama en la historia:

Tierra!!

Era el Descubrimiento realizado de la América.

Aquella luz, vista por el Almirante Colón antes que por ninguno otro, fué, dice la historia, *la luz en medio de las tinieblas, entendiendo la luz espiritual que por él se introducía entre aquellos pueblos bárbaros.* (3)

«Y el Almirante, dice la misma historia, llegado el día, con la barca armada y el estandarte Real tendido, salió á tierra, y lo mismo hicieron los capitanes Martín Alonzo y Vicente Yañes Pinzón, con la bandera de la empresa, que era una Cruz verde con ciertas coronas y los nombres de los Reyes Católicos; y habiendo todos besado la tierra, y arrodillados dado gracias á Dios con lágrimas por la gracia que les había hecho, *el Almirante se*

(1) HERRERA. Hist. Gen. Dec. I. Lib. I. Cap. XII.

(2) «Hist. del Almirante de las Indias D. Cristóbal Colón, escrita por D. Fernando Colón, su hijo.» Primer volumen. Cap. XXI.—Alonzo Pinzon había dado días antes el grito de *Tierra!* pero resultó una triste equivocación; encontrando á la luz del día, que lo que parecía tierra no eran más que nubes. (Op. cit. Cap. XIX.)

(3) Herrera y Fernando Colón. Op. loc. cit.

levantó y llamó SAN SALVADOR aquella Isla, que los naturales decían Guanahani de las Islas, que despues llamaron de los Lucayos.» (1)

Veis así, venerables hermanos y amados hijos, cómo aparte de la ciencia, fué la luz de la Santa Fé Católica la que principalmente guiaba al gran Descubridor, y cómo fué al amparo de la Santísima Virgen María, la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo la que primero se plantó en este Nuevo-Mundo al tiempo de su feliz descubrimiento, siendo el nombre inefable del SANTÍSIMO SALVADOR el que se le impuso, porque brillaba sobre él entonces en realidad el misterio de la Salvación. ¡Oh! Bendigamos con toda el alma el Dulcísimo Nombre de nuestro Salvador Jesucristo,» porque no hay otro nombre dado bajo el cielo á los hombres por el cual podamos ser salvos.» (2) *Non enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.*

Canten himnos de alabanza nuestros labios al Señor, y toda carne bendiga su santo nombre. *Laudem Domini loquetur os meum, et benedicat omnis caro nomen sanctum ejus.* (3)

Te engrandeceré y exaltaré ¡oh Jesús mío! mi Dios y mi Rey, mi Salvador y mi dueño, y bendeciré tu dulcísimo nombre por los siglos de los siglos! *Exaltabo te, Deus meus Rex; et benedicam nomini Sancto tuo Jesu, in sæculum, et in sæculum sæculi.* (4)

Todos los pueblos, todas las naciones, todas las lenguas y tribus, á quienes tú, ¡oh Dios! has hecho y has redimido, vendrán delante de tí y adorarán tu santo nombre y lo glorificarán, porque tu sólo eres el único y ver-

(1) Id.

(2) Ac t. 4.

(3) Ps. 144.

(4) Ibid.

dadero Dios, el grande, el poderoso que realizas cosas admirables. *Omnes gentes quascumque fecisti venient et adorabunt coram te, Domine, et glorificabunt nomen tuum; quoniam magnum est tu, et faciens mirabilia, tu es Deus solus.*

Evidentemente, el mismo Dios en su inagotable bondad y misericordia infinita, suscitó á Cristóbal Colón para realizar la grandiosa obra del Descubrimiento de nuestra América, obra trascendental y magnífica, verdaderamente digna de la epopeya, sobremanera importante, no sólo en el orden histórico, geográfico y social, sino espléndidamente en el religioso. No sin misterio quiso el cielo, que el Descubridor tuviese el nombre de *Cristóbal*, porque ha traído al Cristo Salvador al mundo americano; y que se apellidase *Colón* ó *Columbus*, esto es, paloma, porque le ha traído la tierna y verdeciente oliva de paz y salvación cristiana, en la Cruz verde simbólica del estandarte, á cuya sombra le cobijó, besando su suelo y regándolo con sus lágrimas de fervoroso creyente, católico, apostólico, romano, que buscaba la gloria de Dios y el bien de la humanidad.

Con cuánta razón por esto, y para oportuna enseñanza, ha dicho el Sumo y Sabio y Grande Pontífice actualmente reinante Señor León XIII, estas palabras: «Aparece de ciertísimos documentos de la historia, que Cristóbal Colón acometió la empresa, con el fin de que resplandeciera en aquellas remotas playas la luz del Evangelio, y que él en todas partes se hizo ministro de la voluntad de Jesucristo, el cual dijo á sus discípulos: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á todos los hombres.* De aquí es que se haría una grande injuria á la memoria y al nombre del egregio varón, si no se reconociesen en su empresa más que motivos profanos, y se le rindiesen los mismos honores que suelen tributarse á

aquellos que ni pensaron siquiera en la Fé Católica, haciéndose notables nada más por el sólo esfuerzo del ingenio y de la constancia..... Ciertamente confiamos, que por esta solemnidad (del Cuarto Centenario,) y por los ejemplos de Colón traídos á la vista, los ánimos se alentarán para esforzarse todos, en trabajar porque se extienda sobre toda la tierra el reinado de Jesucristo.» (1)

A la verdad, el nombre del Descubridor de la América y la resonancia de su portentosa obra, llenaron al mundo entero y á la historia, en tales términos, que haciendo hoy en el presente año á 11 de Octubre próximo, cuatrocientos años de acaecido el suceso, todo el mundo civilizado se levanta, con el justo entusiasmo que produce tan gran recuerdo, y cual si fuese de palpitante actualidad, para celebrar el Cuarto Centenario con toda clase de alegres júbilos y de importantes obras, que perpetúen en los siglos venideros, la profunda estimación que hace de tan gran hecho providencial.

A nosotros, venerables hermanos y amados hijos, corresponde tomar parte en la celebridad en el orden del espíritu, en la esfera superior de la piedad religiosa, la cual, precisamente, como acabais de ver, fué la inspiradora y el más principal y noble fin de la misma obra que celebrar debemos, tributando al Señor el debido homenaje de humildes gracias.

El Católico Pueblo Yucateco, que es uno de los hispano-americanos, cuya existencia se deriva precisa y directamente de la misma obra del Descubrimiento de la América; el Pueblo Yucateco, formado de los incanzables é invencibles guerreros cristianos de Andalucía y de los heroicos y admirables Itzaes, hombres nobles y sagrados,

(1) Carta de Su Santidad el Papa León XIII de 10 de Enero de 1891, al Illmo. Sr. Arzobispo de Génova, con motivo de las fiestas que se preparan para el 4º Centenario del Descubrimiento de la América.

Mayas ilustres y generosos, aborígenes de grande y celebrada historia, cuyos monumentos, cuya lengua, y cuya cronología están llamando hoy mismo la atención de los sabios; el Pueblo Yucateco, nacido en el regazo de la Iglesia Católica y de la civilización cristiana de modo tal, que si se le apartara lo que tiene de la fé y del sacramental bautismo, se le dejaría sin su gloriosa historia y se le tornaría como en bastardo; el Pueblo Yucateco, decimos, no ha de ser indiferente á la gran fiesta, cuatro veces secular, del Descubrimiento de su propio Continente. Y si al Gobierno del Estado corresponde la parte civil y profana, tócale al nuestro, venerables hermanos y amados hijos, disponer lo conveniente en el sentido religioso, el más elevado por el carácter y la trascendencia de sus sacratísimos fines, sin dejar de ser estos á la vez, esencialmente patrióticos.

Venerables hermanos y amados hijos, todo bien procede del Señor, que es el único omnipotente y misericordioso dador de ellos; y nosotros sus creaturas, nosotros los redimidos con la Preciosa Sangre de su Divino Hijo nuestro Salvador Jesucristo, tenemos la gratísima obligación, de tributarle el rendido homenaje de reconocimiento y de reverente amor

Siendo la Península y Diócesis de Yucatán-Campeche para nosotros, patria querida en la tierra, es también para nosotros, lo que para los hijos de Jacob, aquella tierra que manaba leche y miel: medio, camino y símbolo de la eterna y verdadera patria. Porque el hombre, el ciudadano que vive fiel á la patria y á la Iglesia, cumple el divino precepto del fin para que ha sido creado por el Autor de la vida natural y de los destinos sobrenaturales: *amar y servir á Dios en esta vida, para después verle y gozarle en la otra.*

Así, pues, como los hijos de Jacob, encabzados los